

Alta tensión

Estructurado a partir de una relación entre hermanos, el segundo libro del misterioso escritor despliega un sinfín de teorías caseras sobre el funcionamiento del mundo.

En tiempos en que los escritores suelen dedicar buena parte de su tiempo a la difusión de sus obras y a construir, alimentar y gestionar su imagen pública, la decisión de un ciudadano argentino nacido en 1973 de publicar su primer libro, hace casi tres años, y ahora el segundo, bajo un seudónimo (una estrategia en general adoptada para no quedar “pegado” con títulos dudosos, en general redactados por encargo), no deja de llamar la atención. A diferencia de cualquier compañero de generación, J.P. Zooney no participó en ninguna antología, no tiene blog, ni twitter, ni facebook, no dio entrevistas ni se conocen fotografías suyas, no participa en charlas ni asiste a festivales literarios. Si bien podemos, por un lado, preguntarnos cuánto tiempo puede durar esta estrategia de enmascaramiento —no mucho, seguramente—, lo cierto es que esta misteriosa construcción de la figura de autor encastra a la perfección con el planteo de su obra hasta la fecha. Y es que podría aventurarse que esa misantropía dulce, esa paranoia de combustión lenta, ese pesimismo apocalíptico zen que destilan sus páginas se cortarían como leche vencida si conociéramos las señas del escritor de carne y hueso; así como, salvando las distancias, los libros de Salinger se leerían de otra forma si no fueran tan pocos y si su autor no se hubiera sustraído de la escena literaria tan pronto. La referencia a Salinger no es casual: hay bastante de su sensibilidad impregnando a los personajes de Zooney (por no hablar del propio nombre del autor), además de que la relación epistolar

entre los hermanos Dizzie y Oidas Mucho en *Los electrocutados* recuerda a la de los hermanos Glass.

Al igual que *Sol artificial*, su primer libro, *Los electrocutados* está conformado por materiales diversos —cartas, apuntes históricos y teóricos de un profesor universitario algo extravagante, y relatos breves— pero tiene una estructura novelística mucho más pronunciada. Una vez muertos los dos hermanos, el personaje J.P. Zooney (vecino de Dizzie) es nombrado albacea de los papeles de este último y así comienza un montaje de piezas que, al tiempo que sirven para narrar los vericuetos de la relación fraterna (incesto adolescente incluido), despliega una serie de teorías de fabricación casera sobre Internet, sobre el progreso tecnológico, sobre el origen de los humanos y de los gatos, sobre la vida extraterrestre, entre tantas otras. Todas hipótesis muy sugestivas, no por lo que efectivamente postulen, sino porque insinúan a la distancia la posibilidad de otro relato, de otro orden posible de las cosas. Así como ocurre con esa frase que el Sistema Solar nos tendría reservada, y que le lleva a Dizzie toda una vida desentrañar, la sugestión que causan los interrogantes que se plantean es siempre más potente que las revelaciones. ¿Pasará algo parecido con la identidad de este autor?

Matías Capelli



J.P. ZOOEY

Los electrocutados
(Alpha Decay) 176 páginas

JOSÉ ROBERTO DUQUE

Salsa y control

(La Barbarie Buhonera)

96 páginas



Salsa y control es un libro en forma de un ciclo de relatos cortos donde personajes, situaciones y lugares se repiten y cuyo fin es

hacer algo que la literatura argentina viene intentando desde Boedo y nunca termina de lograr: una descripción literaria verosímil del modo de vida y la psicología de las clases populares. Y permite un paralelo más específico: está dedicado a recrear el clima del Caracazo de 1989 y lo consigue con una contundencia que ningún producto nacional acerca del Argentinazo tiene. Pareciera que los escritores y lectores argentinos son personajes de Woody Allen: sus caracteres, sus gustos y sus valores están tan íntimamente imbricados con el status de la clase media que no pueden mirar con lucidez y objetividad ni hacia arriba ni hacia abajo. En cambio, el mundo social representado por Duque no tiene ningún vínculo con lo que un unitario llamaría “civilización”: la barriada popular es un cosmos perfectamente autónomo, con su comercio, su intercambio sexual, sus lugares de diversión, su música, sus amistades y enemistades. Esto es tan así que en un cuento en donde el Estado burgués, a través de un emisario de su Cultura, intenta hacer pie en el mundo de lo otro, la respuesta es una pantagruélica carcajada. Con un estilo en el que se intersectan un neobarroco popularizado con una letrística caribeña propia de la salsa, lleno de hallazgos y expresiones pícaras, Duque jamás pierde de vista su objetivo literario-político, que no es más que una continuación del programa del realismo occidental: problematizar y otorgar gravedad —que no es simplemente ser serme— a la vida cotidiana del pobre y el marginal como últimos representantes de un género humano que la clase media mundial no deja de alienar de sus potestades más interesantes.

Alejandro Rubio